

LOS LÍMITES DE LA ARBITRARIEDAD LINGÜÍSTICA EN VIVES, HUARTE DE SAN JUAN Y EL *BROCENSE*

Francisco Javier Perea Siller
Área de Lingüística General
fjavierperea@navegalia.com

En el siglo XVI, la posibilidad de hallar una relación causal entre los signos y sus referentes se convierte en uno de los temas predilectos de las discusiones lingüísticas no gramaticales. En esta época, después de las reflexiones de Platón y Aristóteles, se ponen los cimientos de lo que será el debate posterior en torno a la motivación / arbitrariedad del lenguaje. En este artículo vamos a intentar profundizar en las contribuciones llevadas a cabo por Juan Luis Vives, Juan Huarte de San Juan y Francisco Sánchez, el *Brocense*, cuyo pensamiento lingüístico ha sido reclamado por diversos autores como el producto más elaborado de la época.

1. CONSIDERACIONES GENERALES

Antes de analizar los discursos de Vives, Huarte y Sánchez de las Brozas, se hace preciso señalar una serie de diferencias fundamentales en la manera de enfocar el tema de la motivación / arbitrariedad lingüísticas entre los planteamientos del Renacimiento y los actuales.

1.1. Naturaleza y convención

En primer lugar, en el Renacimiento la capacidad referencial del lenguaje no se discute mediante el par *motivación / arbitrariedad*, sino con otros términos, procedentes del periodo preplatónico: *naturaleza / convención*. El cambio de terminología no carece de importancia. El problema se centraba en averiguar si existía algún vínculo necesario entre la expresión fónica de una palabra y su significado (o su referencia). Los partidarios de la postura naturalista pensaban, al contrario de los convencionalistas, que las palabras son apropiadas “por naturaleza” a las cosas a las que se refieren, lo cual es demostrable si se es capaz de captar la “realidad” que yace tras la apariencia de las cosas. De aquí nace la

práctica de la etimología. Poner al descubierto la “etimología” de una palabra equivalía a mostrar su “verdadero” significado, o sea, “revelar una de las verdades de la naturaleza” (Lyons 1971: 5). Existe, pues, en esta escuela, una correlación entre la realidad extralingüística y las palabras. En la postura convencionalista, se defiende que el lenguaje es una institución “convencional”, es decir, basada en un acuerdo tácito, resultado de una tradición, que podría ser modificada.

En el *Crátilo* platónico se enfrentan ambas posturas. En rigor, el objeto del diálogo es la pregunta por la validez del lenguaje para llegar al conocimiento, su *orthótes* (‘rectitud’, ‘exactitud’) respecto de la realidad. Así, el problema real no es tanto lingüístico como epistemológico. Independientemente de que su autor termina rechazando el lenguaje como vehículo de conocimiento, la interpretación que se dio a su diálogo fue la defensa de la naturalidad. En su descripción de la postura naturalista, el nombre se entiende como imitación de la esencia del referente mediante sílabas y letras (*Crátilo*, 421c-428b), lo cual invita a buscar la verdad de las cosas en el análisis de los nombres (mediante la derivación, la composición y el simbolismo fonético). Hay que observar la gran libertad en este análisis: “[...] el experto en nombres observa su virtud y no se deja impresionar si se añade una letra, se transmuta o se suprime, o bien si la virtud del nombre reside en otras letras completamente diferentes” (*Crátilo*, 394bc).

Después de Platón, Aristóteles elimina la consideración genética del signo, y adopta un punto de vista descriptivo-funcional, es decir, no explica cómo surgió, sino cómo funciona. El pasaje clave es el siguiente:

Un nombre es una formación fonética con un significado establecido por convención, sin significación temporal y creado de tal manera que ninguna de sus componentes tiene significado por sí mismo [...]. Pero después de la convención viene el significado, porque ninguna palabra existe por naturaleza, sino que sólo es palabra cuando se toma como signo de algo (*De interpretatione*, II: 16-19)¹.

Las ideas lingüísticas de Aristóteles serán muy apreciadas en el Renacimiento, durante el cual servirán de marco de referencia para acercarse a la cuestión del signo lingüístico. Sin embargo, otros condicionantes obligaron a los autores a plantearse las afirmaciones de Platón. Entre ellos se encuentra la pregunta por la lengua primitiva.

¹ El paso del original griego a las traducciones latinas conllevó a menudo el cambio del sentido originario. Sobre este problema versa Coseriu (1977a), que ha explicado que Aristóteles planteó el signo desde dos perspectivas: “significa, por una parte, en sentido negativo, que el signo lingüístico no está motivado por naturaleza, como los gritos de los hombres y animales [...]; por otra parte, en sentido positivo, que los signos lingüísticos funcionan como tradicionalmente establecidos, como históricamente motivados” (1977a: 24).

1.2. La lengua primitiva

Malmberg (1991: 148) ha insistido en la relevancia de las discusiones sobre el origen del lenguaje, entre los cambios de orientación intelectual ocurridos en el Renacimiento. Pues bien, la dicotomía *naturaleza/convención* encuentra casi sistemáticamente una relación ineludible con esta pregunta sobre los orígenes del lenguaje, dimensión prácticamente abandonada por la investigación actual. Esta referencia a una situación primigenia es consecuencia sobre todo² del conocimiento generalizado del *Crátilo* a partir de la traducción al latín de Marsilio Ficino a finales del siglo XV. En este diálogo, Platón discute la cuestión de los nombres en la primera lengua y el primer nominador. Ante la hipótesis del personaje Hermógenes de la posibilidad de un primer nominador que se equivocara al retratar las cosas, se subraya por parte de Crátilo la naturaleza divina del primer nominador (435d-440e).

En el judaísmo helenístico, Filón de Alejandría fundió este primer nominador platónico con Adán, que nombra a los animales en Gén. 2,20 (Ritoré 1992: 201). De aquí, la vinculación entre las discusiones del *Crátilo* y los textos del *Génesis* pasarán al neoplatonismo. No podemos olvidar que en el Renacimiento todavía se consideraba la cultura hebrea como anterior a la grecorromana, y a Platón como lector del *Génesis*, que lo habría inspirado al componer su obra, como expresa Huarte (1989[1575]: 301). En el Renacimiento se tiende a ver en este «primer nominador» un personaje inspirado por Dios, y perfecto en el conocimiento de las cosas naturales. Así lo podemos comprobar en obras de temática religiosa³. Así, el mito de Adán inspirado por Dios, o creado en perfección, es asegurador de la perfección –motivación– de la lengua que hablase, aunque ésta se explicite de forma metonímica a partir de los sustantivos que nombran a los animales en Gén. 2,20.

Como consecuencia, se compromete la universalidad del carácter convencional de las lenguas. Generalmente, se aceptaba que existiese (o hubiera existido alguna vez) una lengua cuya relación con el mundo fuera *por naturaleza*, es decir, motivada por la misma naturaleza del referente. Por ello, hay que entender que el debate renacentista acerca de la motivación/arbitrariedad del lenguaje se centre, a menudo, en la posibilidad de la existencia de una primera lengua natural y motivada, situación que se enfrenta al carácter con-

² Aunque no exclusivamente: hubo una orientación *genética* en la oposición *naturaleza/convención* antes y después de Aristóteles, lo que provocó que se diera este mismo sentido a los textos de Aristóteles en las traducciones y comentarios medievales del *Perihermeneias* (cfr. Coseriu 1977a: 23-25).

³ Bernardino de Laredo, en una obra bien famosa en la época, *Subida al monte Sión*, escribía: “Cuando nuestro gran Dios y Señor universal crió a nuestro primer padre, la tierra de la cual su divina Magestad le plasmó era en gran pureza criada, tal cual convenía la obra del que es perfecto obrador [...]. Así, en cuerpo y ánima fue de todo en todo perfecto” (ed. 1948: 115). Por su parte, Francisco de Osuna, en su *Ley de amor santo* expresará las consecuencias: “Has de notar que Adán fue creado con plenitud de ciencia, de tal suerte que fue más sabio que Salomón” (ed. 1948: 276).

vencional de las lenguas actuales. Por supuesto, la más firme candidata a lengua motivada era la lengua hebrea, ya que tradicionalmente se le había otorgado la primogenitura sobre el resto de las lenguas. Se trata, como señaló Arens⁴, de un dato fundamental para comprender muchas de las especulaciones de la época. En España, la mayor parte de los autores que sostienen el carácter primero de la lengua hebrea suelen erigirse también como defensores de su naturaleza motivada. Es el caso de fray Luis de León y Benito Arias Montano. Y al contrario, aquéllos que rechazan la motivación de la lengua semítica inciden sobre todo en su carácter histórico (no divino), como ocurre en las explicaciones de Miguel de Medina y Francisco Vallés⁵.

1.3. Convencionalismo y motivación

Los autores que vamos a tratar a continuación no participan directamente en la discusión acerca del carácter motivado y primigenio de la lengua hebrea. Pero la atención de Juan Luis Vives, Huarte de San Juan y Francisco Sánchez de las Brozas hacia la motivación lingüística no desaparece, sino que se desvía hacia los posibles elementos motivados que puedan encontrarse en otras lenguas. En este contexto hay que referirse a la tercera consideración acerca de los planteamientos que vamos a encontrarnos: a pesar de que parten de la convencionalidad del lenguaje como principio general, todos ellos admiten la existencia de elementos motivados en las lenguas.

No es difícil encontrar afirmaciones de motivación lingüística de lenguas particulares en las gramáticas de los siglos XVI y XVII, en mayor cantidad conforme más racionalista se hace la gramática. Ya en 1492 Antonio de Nebrija ofrece algunas muestras en su *Gramática de la lengua castellana*. Así, por ejemplo, defiende la *naturalidad* de la concordancia entre los elementos de la oración, que siente implícita en su universalidad: “Este concierto de las partes de la oración entre sí *es natural a todas las naciones* que hablan, por que todos conciertan el adjetivo con el sustantivo, & el nominativo con el verbo, & el relativo con el antecedente” (1989[1492]: 216; cursiva nuestra).

⁴ Señala Arens: “Los trabajos del siglo XVI encaminados a la futura Lingüística no se limitan, sin embargo, a la publicación de gramáticas descriptivas de lenguas europeas y extraeuropeas, a la profundización científica y filosófica en la gramática latina y a la conquista del hebreo, sino que conciernen también a la Lingüística general en cuanto que surgió la preocupación por el parentesco de las lenguas y los motivos de la diversidad de las lenguas. En lo tocante a esto es de importancia decisiva el radical y firme convencimiento de que el hebreo es la primera y más antigua lengua de la que todas las demás se originaron [...]. Este dogma fue un factor condicionante de los trabajos sobre Lingüística: resultó un árbol genealógico o una pirámide en cuyo vértice estaba el hebreo [...]” (1976, I: 101). La importancia del hebraísmo en el desarrollo de las ideas lingüísticas europeas ha sido puesto de manifiesto también por Demonet (1992) y Eco (1994). La influencia en las ideas lingüísticas españolas lo hemos tratado en Perea (2004).

⁵ Hemos abordado el carácter primero y motivado de la lengua hebrea según fray Luis y en Arias Montano en Perea (1998, 1999 y en prensa). Las críticas a la motivación lingüística del hebreo las hemos tratado en Perea (1995) y (1998: 48-51).

Se trataría, si fuese cierto el dato, de lo que hoy conocemos como un *universal lingüístico*. Otro ejemplo de naturalidad es el que concierne al orden de los elementos en la oración, en el que se asimila este concepto al de la *racionalidad*, a la vez que está determinado por los hechos del mundo: “Entre algunas partes de la oración ai cierta orden casi *natural & mui conforme a la razón*, en la cual las cosas que por naturaleza son primeras o de maior dignidad, se an de anteponer a las siguientes & menos dignas” (1989[1492]: 217; cursiva nuestra).

Existe un equilibrio entre la racionalidad y lo lingüístico, y entre estas dos esferas y lo extralingüístico. Pero el pasaje de Nebrija es aún más significativo, como destaca Hurtado (2000: 124), a la luz de otro de Gonzalo Correas que le sigue y lo amplía: la naturalidad que afirma Nebrija se cumple, según Correas, en las lenguas antiguas (más cercanas al “origen”), no así en las que han surgido de aquéllas por degeneración: “Esta mesma orden hallamos guardada en las lenguas antiguas que estudiamos por arte, la hebrea, la griega i latina. Mas ia las vulgares la an turbado, como nosotros; porque dezimos i hablamos desta manera” (Correas 1954[1625]: 132v-133r).

Suponemos que Correas piensa que este tipo de motivación está vinculado a las características de una posible lengua primitiva, y conservadas en las “lenguas antiguas”. Después, esa motivación originaria se ha ido oscureciendo. En todo caso, según estos autores, la convencionalidad general de las lenguas no impide que haya elementos lingüísticos universales que respondan a la unidad del pensamiento humano; y, por otra parte, es posible que determinadas lenguas hayan sabido captar la realidad mejor que otras, de forma que haya una relación causal entre los signos y sus referentes. Se trata de dos tipos de motivación o naturalidad, que ya se entrevén en el siglo XVI, de las que sólo nos ocuparemos del segundo⁶.

2. JUAN LUIS VIVES: EXPECTATIVAS SOBRE LA MOTIVACIÓN

El valenciano Juan Luis Vives fue calificado por García (1960: 39), en una precipitada revisión, como platónico. Sin embargo, sus ideas lingüísticas son complejas y ya han requerido varios estudios⁷. Merece la pena consignar aquí sus opiniones sobre el tema que nos interesa⁸.

⁶ Más ejemplos de este tipo pueden consultarse en Hurtado (2000). En el siglo XVII se amplían las expectativas del primer tipo de motivación, al abrigo de la gramática logicista, como se observa en la *Grammatica audax* (1654) de Juan Caramuel. Vid., sobre este autor, Delgado (1986) y Martínez (1999).

⁷ Vid. Coseriu (1977b) y Pierini (1988). La perspectiva de la didáctica de las lenguas ha sido abordada por Brevia-Claramonte (1994). Una bibliografía sobre el humanista valenciano puede consultarse en Fraile (1985: 230-231).

⁸ Tanto para los textos de Vives como para los del *Brocense* hemos preferido utilizar la traducción castellana (vid. bibliografía). No obstante, insertamos algunos términos relevantes del latín original.

Las ideas más interesantes sobre el tema que nos ocupa las expresa Vives en *De tradendis disciplinis* (1531). Es conocida la reivindicación de Vives en esta obra de la prioridad del estudio de la lengua materna como paso previo para adquirir las clásicas⁹. Vives posee en este punto un pensamiento eminentemente práctico. Con todo, presenta también una cierta añoranza de una lengua que fuese general, que facilitase la comunicación y el comercio, y fuese vehículo de comunión; una lengua de la que Europa carecía y que convendría que fuera lo más perfecta posible. Es aquí donde el valenciano introduce sus ideas sobre la motivación lingüística y la lengua primitiva. Veamos el texto por partes:

Y dado que [la lengua] sea el tesoro de la erudición y el instrumento y enlace de la sociedad humana, lo ideal sería que una sola fuese la lengua del linaje humano, y si ello no fuera posible, al menos que existiera una de la cual usase de manera indistinta la mayoría de los pueblos y naciones y que ésta fuera la de los cristianos que profesan una misma fe y están iniciados en los mismos misterios para las relaciones comerciales y para la difusión de la cultura. La pluralidad de lenguas es consecuencia y castigo del pecado (L. III, cap. 1: 573).

A continuación, se extiende Vives en las características lingüísticas que requeriría tal lengua. Al menos, la segunda de ellas corresponde a la motivación lingüística, entendida “como propiedad de los vocablos que expresan las cosas”:

Esa lengua ecuménica convendría que fuera tan blanda [*suavem*] como docta [*doctam*] y rica [*facundam*]. La blandura consiste en la musicalidad de las voces, así simples y separadas como unidas en periodos; la doctrina consiste en la propiedad de los vocablos que expresan las cosas; la riqueza en la variedad y abundancia de palabras y de modismos. Esta triple cualidad haría que los hombres la hablaran muy a sabor y gusto y que pudieran expresar sus conceptos con toda justeza y que ella ganase mucho en juicio (L. III, cap. 1: 573-4).

Tales son las características de la lengua ideal que todos podrían usar, lengua por otra parte inexistente. Es entonces cuando Vives se acuerda de la primera lengua de la humanidad, la lengua de Adán, que, sin duda, poseería total motivación:

La lengua más perfecta de todas sería aquella cuyas voces significaran la naturaleza de las cosas [*rerum naturas*], como es de creer lo fue aquella en la que Adán impuso a cada uno de los seres su nombre propio. Los verdaderos nombres de los seres son aquellos de quienes se lee en el Sagrado Libro: *Quien cuenta la muchedumbre de los luceros y a todos ellos los llama por su nombre. Grande es el Señor y grande es su virtud, y no tiene fin su sabiduría*. A esta sentencia se arrima aquella del Cratilo platónico, a la cual Aristóteles desvía de su recto sentido en el libro (*De la interpretación*, L. III, cap. 1: 574).

⁹ Vid. el comentario de esta idea en Esparza (1995: 42) en el que aparecen citados Vives y Nebrija. Parece que fue este pensamiento el que condujo al sevillano a crear una gramática de la lengua vulgar. También comentan la prioridad reclamada del estudio de la lengua materna Coseriu (1977b: 69) y Breva-Claramonte (1994: 31-2), ambos apoyados en una investigación anterior de Pieter Adrianus Verburg.

Del texto se deduce la motivación lingüística que Vives otorga a la lengua de Adán, en su capacidad referencial. Nótese la conjunción de pasajes de la Escritura con la referencia al *Cratilo* platónico, opuesto en la época al pensamiento de Aristóteles.

Sin embargo, el pensamiento de Vives no debe adscribirse al platonismo por los pasajes aducidos. Aparte de la primera lengua, el valenciano defiende que el resto de las lenguas humanas son fruto del arte, convencionales. Esta idea aparece defendida en varios de los tratados del humanista. En una de sus primeras obras, *In pseudo-dialecticos* (1520), señala que las lenguas significan *ad placitum*, lo cual no significa arbitrariamente, como explica Coseriu (1977b: 68), sino que la noción se relaciona con el carácter histórico de las lenguas. Tanto el lingüista rumano (*idem*: 67) como Demonet (1992: 117) se fijan en otro pasaje de *De tradendis disciplinis* (*Opera* [1531]: 298) donde Vives defiende el carácter convencional de las lenguas. En la traducción de Riber dice: “Y así como por singular don de Dios tenemos la mente, así también el hablar nos es cosa conatural; pero que ella [la lengua] sea una u otra, ya es cosa de personal industria o arte [*artis*]” (L. III, cap. 1: 573).

Finalmente, en *De anima* (1538), Vives volverá a exponer la idea de la convencionalidad, a la que añade como consecuencia natural la multiplicidad lingüística. Se trata de un paso adelante respecto de lo que había planteado en *De tradendis disciplinis*, donde había afirmado la multiplicidad de lenguas como fruto del pecado. Veamos el pasaje:

[...] puesto que el lenguaje nace de la razón, es el lenguaje tan natural al hombre como la razón misma; dondequiera esté el manantial, está el arroyo que de él fluye, No [sic] existe un lenguaje fijo por naturaleza; todos son artificiales [*ex arte*]. Por ello hay diversas lenguas, cuyo estudio corresponde a otro lugar (*De anima*, L. II, cap. VII, tomo II: 1202)¹⁰.

El carácter de arte, de convención, en las lenguas no significa, ya se ha dicho, que sean arbitrarias. En lo que sigue, Vives va a mostrar que la lengua latina posee cierta motivación lingüística, por reunir las características que antes se pedían a la lengua ideal general. En *De tradendis disciplinis* sigue diciendo: “Esa lengua ideal paréceme a mí ser la latina, al menos ciertamente de todas aquellas que los hombres emplean y nosotros conocemos” (L. III, cap. I: 574). En efecto, Vives señala a continuación sobre el latín:

¹⁰ Precisamente por la convencionalidad, sitúa la interjección como elemento prelingüístico. En el mismo tratado *De anima*, escribe: “El sonido articulado y distinto es solamente propio del hombre. A imitación suya, también decimos que producen voces los pajaritos y los instrumentos músicos; mas esos sonidos se emiten sin criterio ni inteligencia. [...] Las voces de los animales] lo son únicamente de sus instintos, exactamente lo mismo que nos ocurre a nosotros con ciertos vocablos deformados que, por los gramáticos, son llamados interjecciones” (L. II, cap. 7: 1206).

Esta lengua tiene la ventaja de estar difundida por muchas gentes y naciones, y de que apenas hay arte o ciencia que no tenga en ella sus monumentos literarios. Allende de esto, es rica porque está muy cultivada, pulida y bruñida por el ingenio de toda una pléyade de escritores; suena con blandura; tiene una gravedad no huraña: ni montés, como la tienen algunas otras, sino como de varón recio y prudente, nacido y educado en una ciudad de esquisita cortesía. Pecado fuera no cultivarla ni conservarla (L. III, cap. 1: 574).

Curiosamente, la llamada *doctrina* (capacidad referencial) es la única propiedad que Vives no invoca para el latín. Pero a pesar de esta restricción, poco tiempo después, al estudiar el sonido y la sílaba, en *De ratione dicendi* (1533) va a profundizar en esta propiedad, extendiéndose en ejemplos de fonosimbolismo que pueden aplicarse a cualquier lengua (*De ratione dicendi*, L. I, cap. 4: t. II: 702-706).

Hay que recordar que para el humanista valenciano, y para el hombre renacentista en general, el estudio de las lenguas clásicas es previo a la introducción en otras disciplinas, pues aquéllas sirven de instrumento para éstas. Vives, en ese sentido, lleva a cabo una reflexión sobre la utilidad de la lengua griega, que debe ser objeto de estudio tras el latín¹¹. En efecto, la griega es la lengua madre de la latina, y es la lengua de la sabiduría. Veámoslo por extenso, y notemos que las lenguas italiana, española y francesa alcanzan, en el pensamiento del valenciano, señalada dignidad como sucesoras de las clásicas:

Añádase a esto que la lengua griega es sobre manera erudita [*erudita*]¹² y copiosa, y así como la lengua latina puede con su abundancia abastecer y ayudar a las otras, la griega, que está en condiciones de abastecer la misma lengua latina, dará a las otras aumentos y primores, y es el obligado perfeccionamiento de la latinidad, como la lengua latina lo es de la italiana o de la española. No hubo siquiera un lingüista consumado en el latín que no estuviera imbuido del griego. Del habla griega procedió la latina; como del idioma latino provinieron el italiano, el español y el francés, pueblos para quienes en la antigüedad el latín fué el idioma vernáculo.

Así es que la práctica nos ha enseñado que la lengua latina hízose más fecunda y más fecunda con las aportaciones de la griega, como por las contribuciones de la lengua latina enriquecieron las restantes de Europa y particularmente aquellas tres de que acabo de hacer mención, a saber: la italiana, la española y la francesa [...]. Allende de estas ventajas, son muchos los monumentos literarios griegos tocantes a historia, física, ética y moral privada y pública, medicina, religión, que en sus propias fuentes se beben con mayor frescura y limpieza (L. III, cap. 1: 575).

¹¹ Señala Vives: "Si alguno adicionase al conocimiento de la lengua latina el de la griega, de ambas a dos recibirá muchos rudimentos y como semillas de las restantes artes, de modo que, gracias a ellas, ya no se acercará a ninguna nueva y rudo del todo [...]" (L. III, cap. 1: 575).

¹² Más arriba, Vives había señalado que lengua ideal debía ser *docta*. Por eso, subrayamos que elija este término sinónimo para la lengua griega, pues, según sus explicaciones, seguramente implica la propiedad al nombrar.

Así pues, latín y griego constituyen las puertas de la erudición. Pero ¿qué ocurre con la lengua hebrea, señalada por muchos como la primera y motivada? En el pensamiento de Vives, tal como se expresa en *De tradendis disciplinis*, aún no se ha desarrollado el ideal del *homo trilinguis*. Parece que en 1531 la erudición hebrea no ofrecía demasiadas garantías al humanista de estirpe judía:

Si alguno, por razón del Viejo Testamento, quiere unir a las dos lenguas clásicas la sagrada hebrea, yo no le pongo estorbo, con estas dos condiciones: si piensa que va a tener tiempo suficiente para todo; si confía que la va a aprender exenta de corrupción. Oigo decir que los judíos averiaron en sus códices muchos lugares, en parte por su deliberado odio a Cristo, en parte por su inercia y apatía, pues el mudar de asiento tantas veces no les daba ni tranquilidad ni sabor para dedicarlos a sus libros. Es cierto que del cotejo de dos códices hebreros [*sic*] en un mismo pasaje será cosa sumamente rara que surja la coincidencia. Yo querría que la lengua latina fuese conocida con toda perfección, pues ello sirve para la convivencia social y el progreso de todas las artes (L. III, cap. 1: 575-6).

Para Vives, es mejor ahondar en el conocimiento de la lengua latina que aventurarse con la hebrea. Podemos resumir las ideas de Vives en varios puntos: se muestra la idea de la existencia de una lengua primitiva dotada de la mayor motivación lingüística posible: la manifestación de la naturaleza de las cosas. A falta de esta lengua (que, por cierto, no es la hebrea), entre las lenguas convencionales, el latín guarda numerosas cualidades que la hacen candidata a lengua general. Por último, al menos dos de las características señaladas como necesarias para la lengua común, esto es, que sea docta y abundante, están presentes también en la lengua griega, asimismo objeto de una detenida alabanza. Las lenguas latina y griega son las beneficiarias del discurso metalingüístico de Vives.

3. HUARTE DE SAN JUAN: LA MOTIVACIÓN DE LA LENGUA LATINA

Han sido estudiadas por diversos autores (Torre 1977; Mondéjar 1985) las ideas lingüísticas expresadas por Huarte de San Juan en su *Examen de ingenios para las ciencias* (1575). De forma parecida a Vives, toda la reflexión que desarrolla Huarte sobre el carácter motivado / arbitrario del lenguaje se hace a propósito de la lengua latina, a la que el médico tiene en gran estima. Huarte da un paso más que Vives, ya que llega a afirmar la capacidad referencial del latín frente al resto de las lenguas. Pese a la defensa que hace del español, presenta una idea del latín como la lengua que mejor refleja la realidad. El pasaje donde expone su opinión es el capítulo IV de la primera edición, en un texto donde diserta acerca de ciertas clases de locura:

Hablar el frenético en latín sin haberlo en sanidad aprendido muestra la consonancia que hace la lengua latina al ánimo racional. Como adelante probaremos, hay ingenio particular y acomodado para inventar lenguas; y son los vocablos latinos y las maneras que esta lengua tiene de hablar tan *racionales*, y hacen tan buena *consonancia en los*

oídos, que, alcanzando el ánimo racional [con la locura] el temperamento que es necesario para inventar una lengua muy *elegante*, luego encuentra con ella (Huarte 1989[1575]: 314; cursiva nuestra).

La motivación de la lengua latina se presenta como *racionalidad y consonancia en los oídos*, como *elegancia*¹³. Por su parte, la cualidad que debe poseer el inventor de una lengua para proporcionarle estas propiedades es el ingenio. En otro lugar, Huarte plantea que la capacidad para crear una lengua “elegante”, motivada, radica en el entendimiento, que es precisamente la facultad en la que destacaron los latinos (*cf. idem*, 419-21). Tras el párrafo citado, se sitúa un célebre pasaje sobre la lengua primigenia. En él, sostiene que la primera lengua, cualquiera que ésta fuese, tuvo que estar motivada, esto es, tuvo que mantener una relación *adecuada* entre lenguaje y realidad:

Y que dos inventores de lenguas puedan fingir unos mismos vocablos (tiniendo el mismo *ingenio y habilidad*) es cosa que se deja entender considerando que, como Dios crió a Adán y le puso todas las cosas delante para que a cada una le pusiera el nombre con que se había de llamar, formara luego otro hombre con la misma *perfección y gracia sobrenatural*, pregunto yo ahora: si a éste le trujera Dios las mismas cosas para darles el nombre que habían de tener, ¿qué tales fueran? Yo no dudo sino que acertara con los mismos de Adán, y es la razón muy clara, porque ambos habían de mirar *la naturaleza de la cosa*, la cual no era más que una (Huarte 1989[1975]: 314-5; cursivas nuestras).

En toda la tradición judeocristiana se defendía que los nombres puestos por Adán a los animales, según Gén. 2, 20, eran acordes con su naturaleza. Se insistía en la inspiración con que dotó Dios al primer nominador. El mismo elemento encontramos en Huarte, transformado o explicado como *ingenio y habilidad*. Con todo, destacamos el hecho de que Huarte, al igual que Vives, no nombre al hebreo como esa lengua de Adán, y el hecho de haber situado el pasaje en un entorno donde trataba de la adecuación del latín a la realidad. El final del fragmento es el siguiente:

De esa manera pudo el frenético encontrar con la lengua latina y hablar en ella sin haberla en sanidad aprendido; porque, desbaratándose por la enfermedad el temperamento natura [*sic*] de su cerebro [*sic*], pudo hacerse por un rato como que el mismo que tenía el que inventó la lengua latina [...] (Huarte 1989[1975]: 315).

En resumen, Huarte asume dos hechos: a) Adán, inspirado por Dios con ingenio y habilidad, tuvo que “inventar” una lengua cuyos nombres expresaban la naturaleza de las

¹³ Años más tarde, Andrés de Poza también identificará la *elegancia lingüística* con nuestro concepto de motivación: “el mismo nombre nos muestra a alguna causa o occulta propiedad de la cosa, porque fuese llamada assi” (1587: 30v-31r). También Correas asemejará *elegancia y perfección* al hablar de las lenguas.

cosas; b) la lengua latina fue inventada con tal racionalidad que es motivada, de manera que un demente al que se le agudice el ingenio puede llegar a expresar la realidad en tal lengua sin haberla aprendido.

Ahora bien, si la afirmación sobre Adán constituía un relato no discutido, ¿cómo explica el segundo de los asertos? Una exposición más amplia, que resuelve esta cuestión, se lleva a cabo en el capítulo VIII de la misma obra, donde adscribe las ciencias a las potencias de la memoria, el entendimiento y la imaginación. A pesar de los pasajes anteriores, ahora desarrolla un planteamiento general donde se parte del carácter convencional de las lenguas, siguiendo la explicación aristotélica:

[...] las lenguas fue una invención que los hombres buscaron para poder entre sí comunicarse y explicar los unos a los otros sus conceptos, sin haber en ello más misterio ni principios naturales de haberse juntado los primeros inventores, y a *buen pláceme*, como dice Aristóteles, fingir los vocablos y dar a cada uno su significación. Resultó de allí *tanto número dellos y tantas maneras de hablar tan sin cuenta ni razón*, que, si no es teniendo el hombre buena memoria, con ninguna otra potencia es imposible poderse comprender (Huarte 1989[1975]: 397-398; cursiva nuestra).

Sugiere Huarte el convencionalismo de las lenguas (quizá incluso la poligénesis lingüística), pues sólo con la memoria se puede relacionar cada *vocablo* con su significado. El fondo, como el mismo autor deja entrever, es el pensamiento de Aristóteles en el *De interpretatione*, II, 16-19, donde utiliza el mismo argumento de las muchas voces para el mismo objeto. La lengua latina no es una excepción de tales afirmaciones: “Lo mismo acontece en la lengua latina y en todas las demás del mundo, porque todos los lenguajes tienen la misma razón [entiéndase, como señala el editor, *sistema, lógica interna*]” (Huarte 1989[1975]: 398).

Huarte vuelve a insistir en el papel de la memoria para aprender las lenguas, más que el ingenio, potencia que ha sido destacada en la habilidad de asignar a las cosas nombres adecuados. La memoria, en cambio, es necesaria para retener unas relaciones semióticas fundadas en un nexo arbitrario. En conclusión, afirma:

Las lenguas, dice Aristóteles que no se pueden sacar por razón, ni consisten en discurso ni raciocinio; y así es necesario oír a otro el vocablo y la significación que tiene y guardarlo en la memoria [...]. De ser las lenguas un *plácito y antojo* de los hombres, y no más, se infiere claramente que en todas se pueden enseñar las ciencias, y en cualquiera se dice y declara lo que la otra quiso sentir (Huarte 1989[1975]: 398-399; cursiva nuestra).

Este pasaje constituye el lugar donde más claramente se defiende el carácter convencional-arbitrario de las lenguas. Debido a esta característica, no hay lenguas más dignas que otras para declarar los asuntos graves: nos encontramos, quizá, ante uno de los motivos principales por los que el autor del *Examen de ingenios* eligió el castellano para redactar una obra científica, pues tales afirmaciones encierran un elogio implícito al español.

A pesar de las declaraciones anteriores, la estima que anteriormente ha manifestado hacia la lengua latina, le hace volver de nuevo sobre el tema de la capacidad referencial del lenguaje. Se trata, ahora sí, del punto culminante de las reflexiones huertinas al respecto. En el mismo capítulo planteará tres cuestiones, una de las cuales afecta a nuestro tema de discusión:

El tercero es: ¿cómo las cosas que dicen y escriben en lengua latina *suenan mejor, abultan más y tienen mayor elegancia que en otra cualquier lengua por buena que sea*, habiendo dicho atrás que todas las lenguas no es más que un antojo y un plácito de aquéllos que las inventaron, sin tener fundamento en naturaleza? (Huarte 1989[1975]: 412; cursiva nuestra).

El lenguaje que utiliza Huarte sugiere la idea de la motivación que asiste a la lengua latina, en un discurso en el que, a pesar de lo afirmado más arriba, considera unas lenguas mejores que otras en su función semiótica. La solución de estos juicios contradictorios constituye un discurso que se inicia en el fragmento siguiente:

La respuesta [...] depende de una cuestión que hay entre Platón y Aristóteles muy celebrada. El uno dice que *hay nombres propios que naturalmente significan las cosas* y que es menester mucho ingenio para hallarlos; la cual opinión favorece la divina Escritura diciendo que Adán ponía a cada cosa de las que Dios le puso delante el propio nombre que le convenía. Pero Aristóteles no quiere conceder que haya, en ninguna lengua, nombre ni manera de hablar que signifique *naturalmente* la cosa, porque *todos los nombres son fingidos y hechos al antojo y voluntad de los hombres*. Y, así, parece por experiencia que el vino tiene más de sesenta nombres y el pan otros tantos, en cada lengua el suyo, y de ninguno se puede afirmar que es el natural y conviniente, porque de él usarían todos los hombres del mundo (Huarte 1989[1975]: 417-419; cursiva nuestra).

Así pues, se presentan las dos opciones tradicionales: la platónica y bíblica, que aboga por la propiedad y adecuación por naturaleza de los nombres; y la aristotélica, que rechaza la vinculación natural, y defiende la arbitrariedad. El apoyo de esta hipótesis es la multiplicidad de nombres que existen para los mismos objetos. A continuación Huarte ofrece un giro en la exposición, dando a conocer su propio juicio:

Pero con todo eso, la sentencia de Platón es más verdadera. Porque puesto caso que los primeros inventores fingieron los vocablos a su plácito y voluntad, pero fue un *antojo racional*, comunicado con el oído, *con la naturaleza de la cosa*, con la gracia y el donaire en el pronunciar, no haciendo los vocablos cortos ni largos, ni fuese menester mostrar fealdad en la boca al tiempo de pronunciar, asentando el acento en su conveniente lugar, y guardando otras condiciones que ha de tener la lengua *para ser elegante y no bárbara* (Huarte 1989[1975]: 419-420; cursiva nuestra).

Ya hemos hecho notar que la *elegancia* está asociada a la motivación lingüística. Se puede afirmar, a juzgar por el texto de Huarte, que las lenguas, especialmente el latín (motivo de todo el discurso) son convencionales, pero no del todo arbitrarias o *inmotiva-*

das, puesto que sus nombres han sido impuestos racionalmente y de acuerdo con ciertas pautas entre las que participa la observación de la naturaleza de las cosas. Ésta es, al menos, la propiedad de la lengua latina.

A raíz de estos testimonios, Esteban Torre (1977: 81) ha afirmado que “en el pensamiento fundamentalmente aristotélico de Huarte de San Juan, existe un importante injerto de platonismo”. Se trata de una hipótesis ecléctica, defensora de una semiótica que presenta al lenguaje como producto convencional pero parcialmente motivado, que salvaguarda la existencia de unas lenguas mejores (más motivadas) que otras. Una de ellas sería la primera, gracias a la inspiración que obtuvo Adán; otra sería la latina, debido al ingenio natural de sus hablantes (el mismo ingenio que los “platónicos” reclaman para efectuar las etimologías, es decir, para descubrir los vínculos entre los nombres y sus referentes).

4. FRANCISCO SÁNCHEZ, EL BROCENSE: LA MOTIVACIÓN COMO PRINCIPIO GENERAL

La defensa de la motivación lingüística inserta en el convencionalismo de las lenguas es desarrollada por Francisco Sánchez de las Brozas en algunos pasajes de su *Minerva, sive de causis linguae latinae* (1587)¹⁴. En el capítulo I defiende la motivación de los nombres, entendida como *causa*, ya sea acudiendo al pensamiento de Platón –motivación por un origen natural– o de una interpretación propia sobre Aristóteles –motivación por una convención de tipo racional–:

Puede uno oír a los filósofos, quienes prueban con firmeza que nada sucede sin causa, a Platón mismo, que afirma que los nombres y los verbos existen por naturaleza [*nomina et verba natura constare*], que sostiene que la lengua toma su origen en la naturaleza, no en el arte [*a natura, non ab arte*]. Sé que los aristotélicos piensan de otro modo, pero nadie negará que los nombres son como instrumentos de las cosas y señal de ellas [...]. Por tanto, es probable que quienes pusieron nombre a las cosas en primer lugar hicieron esto luego de deliberar [*adhibito consilio*]. Creería que Aristóteles entendió esto cuando dijo que los nombres tienen su significado según el parecer [*ad placitum nomina significare*] (1976[1587]: 43-4).

El *Brocense* lleva a cabo en este pasaje una crítica dirigida a los que sostienen la arbitrariedad en el lenguaje –utilizando los términos de *azar* y *casualidad*–. Esto se comprueba por los fragmentos que anteceden y siguen al fragmento anterior: “Ha invadido a muchos cierta torcida opinión, o más bien desatino, que afirma que en la gramática y en la

¹⁴ La bibliografía sobre este autor es amplísima. Sobre este tema se han pronunciado, entre otros, Lázaro Carreter (1985[1949]: 52-53), García (1960: 42-46), Torre (1977: 78-79) y Breva-Claramonte (1983: 201-204).

lengua latina no hay causas y que no se ha de investigar profundamente ninguna razón.” (1976[1587]: 43) “En efecto, quienes sostienen que los nombres fueron hechos al azar son muy audaces; evidentemente son los que intentaban convencernos de que el orden y la arquitectura del mundo entero nació por azar y por casualidad (1976[1587]: 44).

Las palabras de *Sanctius* recuerdan la disputa sostenida entre analogistas y anomalistas en la Grecia antigua. La postura analogista se puede considerar aquélla que defendía la existencia de reglas estables en el lenguaje, frente a la perspectiva anomalista, para la que la arbitrariedad, entendida como ausencia de reglas, es el elemento dominante en las lenguas (cfr. Robins 1987: 29-34; Coseriu 1992: 258-261).

Una lengua que se calificara de «natural» debería presentar un grado de motivación lingüística muy fuerte respecto de la realidad -tal como propondrán los cabalistas para la lengua hebrea (Perea 1998: 28-32; 45-48). Por ello, el *Brocense* siente la necesidad de distinguir la capacidad referencial de la primera lengua y la de las actuales. La lengua primigenia de la humanidad, *cualquiera que ésta fuese*, tendría una capacidad referencial completa, por su origen en la naturaleza de los seres; en cambio, en las otras lenguas no se encuentra este tipo de relación natural, que ya consiste en una *convención racional*; esto es, admite una motivación aun manteniendo el carácter convencional de las lenguas:

De muy buen grado declararí con Platón que los nombres y los verbos indican la naturaleza de las cosas [*rerum natura significare*], si él hubiese declarado esto solamente acerca de la primera de todas las lenguas. Así, leemos en el Génesis, 2, 20: “formados, pues, de barro todos los animales de la tierra y todos los volátiles del cielo, los condujo el Señor Dios a la presencia de Adán para que viera cómo los llamase: en efecto, todo lo que llamó Adán a alma viviente, ese mismo es el nombre de ésta”. Puede uno ver que los nombres y las etimologías fueron sacadas de la misma naturaleza de las cosas en aquella primera lengua, cualquiera que fuese. Pero así como no puedo asegurar esto en las otras lenguas, así también tendría con facilidad la convicción de que puede exponerse una causa en toda lengua, cualquiera que sea su nomenclatura (1976[1587]: 44).

Encontramos, como en Huarte de San Juan, la unión de las tradiciones platónica y bíblica para la discusión sobre la primera lengua. Además, el *Brocense* se muestra convencido de que en los nombres de las lenguas actuales también pueden hallarse sus causas. No obstante, las diferencias entre unas lenguas y otras, puestas de manifiesto una y otra vez a lo largo del Renacimiento, no permitían esta versión fuerte -naturalista- de la motivación lingüística. Por ello, nuestro autor sólo la afirma en la primera lengua, admitiendo una versión débil -la convención racional- para el resto de las lenguas.

Con todo, lo que ha expuesto sobre la motivación de los nombres poseía adversarios que se fijaban en los distintos nombres que reciben los mismos objetos en lenguas diferentes. Contra estas objeciones, el profesor salmantino argumenta aludiendo a la imagen múltiple que presentan los objetos de la naturaleza: aunque todas las lenguas captan la realidad, lo hacen de acuerdo con alguno de los rasgos que ésta posee, pero no con todos.

De esta forma, mantiene el optimismo epistemológico que relaciona los conceptos y las voces, y ambos con la verdad de las cosas, pero relativiza tal relación en el momento en que no llegan a captarse todas las características del objeto:

Se puede decir: “¿cómo puede suceder que sea verdadera la etimología de un nombre si una y la misma cosa se denomina con variados nombres por el orbe de la tierra?”. Respondo que de una misma cosa existen causas diversas, unos se fijan en una, nosotros en otra; así los griegos pusieron por nombre *ánemos*, los latinos *uentum*, los unos a partir de *soplar*, los otros a partir de *uenio* “venir”. El latín sacó *fenestra* de *faineszai*, nosotros la llamamos *ventana*, los lusitanos *ianella*, como si se dijera pequeña *ianua* “puerta” (*idem*: 44).

Así pues, al afirmar la convención racional, los conceptos guardan un vínculo con la realidad, *i.e.*, se mantiene la motivación. La etimología sigue remitiendo a la verdad. El *Brocense* se opone explícitamente a la opinión que sostuvo al respecto Julio César Escalígero (1484-1558) en los capítulos 67 y 68 de su *De causis linguae latinae* (1540). Escalígero sostiene una opinión a favor de la arbitrariedad respecto al carácter del signo lingüístico: como en Aristóteles, los conceptos que representan a las cosas son universales para todas las lenguas, si bien los signos orales o escritos que los representan son inventados (*vid.* L. III, caps. 66-67). Las palabras -señala- son signos de las cosas de acuerdo con el deseo del inventor. De ahí se sigue el descrédito de los antiguos que pensaron que los nombres reflejaban a sus referentes. La idea más razonable es que los nombres no se originaron por naturaleza sino que fueron creados por convención (*ars*)¹⁵.

No obstante, el *Brocense* se burla de los que realizan etimologías intralingüísticas, cuando se debe acudir a una lengua diferente:

[...] hemos, pues, de reírnos de quienes investigan en su propia lengua la razón de un nombre que pertenece a otra, como quienes derivan *petra* de *pes*, porque *pedibus teratur aut pedem terat* “los pies desgastan o ella desgasta el pie”, y *lapis* de *labando siue laedando pede* “resbalar y lastimarse el pie” (*idem*: 44-45).

El profesor salmantino no puede ser situado en el platonismo. Como ha mostrado García (1960: 45), al que sigue en este punto Breva-Claramonte (1983: 101), al tratar la interjección, es rechazada como clase de palabras (al lado de Valla y Escalígero, y de forma parecida a Vives) debido a su origen natural, pues de acuerdo con Aristóteles, el lenguaje debe derivar *ex instituto*, por medio de una convención razonada. La misma afirmación aparece al tratar las palabras homónimas.

¹⁵ Breva-Claramonte ha realizado el contraste entre ambos gramáticos: “Contrary to Scaliger, Sanctius supports the view that language originally emanated from nature. Scaliger maintains the well-known opinion that words are arbitrary because their forms are not the same in all the languages; Sanctius declares that they are natural for the very reason that, at the stage language was created, each word had only one meaning and included markers for certain properties found in the objects of reality” (1983: 65).

Como vemos, la discusión sobre el carácter motivado o arbitrario de las lenguas solía oponer la primigenia de la humanidad a las lenguas actuales. Por otra parte, platonismo y aristotelismo son etiquetas que no explican la complejidad de las discusiones acerca de la naturaleza referencial de las lenguas. Como ha concluido García:

Para él, la solución no es ni platónica ni aristotélica, sino la conjunción de ambos sistemas, pero sobre todo con la intervención de la razón. De Aristóteles acepta la institución del lenguaje por los hombres, pero no arbitrariamente, sino razonando sobre la naturaleza de la cosa; de Platón, la relación entre palabra y cosa, pero no como un símbolo en que los sonidos reflejasen el objeto, sino una relación señalada por la razón del nombre (1960: 46).

5. CONCLUSIONES

Como hemos podido comprobar, los tres autores que hemos tratado presentan importantes coincidencias a la hora de tratar la cuestión de la motivación / arbitrariedad del lenguaje. Es posible resumir en varios puntos sus reflexiones:

1. Defensa de la explicación aristotélica de la convencionalidad del signo lingüístico. Ahora bien, Huarte de San Juan radicaliza la postura del Estagirita cuando afirma que, para el filósofo, “las lenguas [...] no se pueden sacar por razón, ni consisten en raciocinio”. Precisamente es esa idea la que rechaza el *Brocense*, quien ofrece otra interpretación de lo que quiso decir Aristóteles, coincidente en resultados con su propia solución. La dicotomía *naturaleza/convención* se entiende de forma genética.

2. Afirmación de la posibilidad de encontrar rasgos motivados en las lenguas. Vives hablará de la *doctrina*, o propiedad de los vocablos, aparte de subrayar el fonosimbolismo existente en la lengua latina. Huarte utiliza los términos *elegancia*, *racionalidad* y, finalmente, el “*antojo racional*, comunicado con el oído, con la naturaleza de la cosa”. El *Brocense*, por su parte, expresará la convicción de que “puede exponerse una causa en toda lengua, cualquiera que sea su nomenclatura”, frente al azar y la casualidad.

2.1. A veces, se utiliza el adjetivo *natural* como sinónimo de *racional*, como ocurría en el pasaje de Nebrija. Motivación *natural* se puede entender en relación con el pensamiento humano (en Huarte: “consonancia que hace la lengua latina al ánima racional”) y en relación con el mundo exterior al hombre, pues la naturaleza proporciona los elementos que inspiran a los que crearon los nombres, como declaran tanto Huarte como el *Brocense*.

3. Defensa de la motivación de la primera lengua, a partir del *Crátilo* y Gén. 2, 20, en la que los nombres que puso Adán reflejaban “la naturaleza de las cosas”. El hecho de que ninguno identifique aquella lengua primigenia con la hebrea puede ser indicativo del rechazo de tal hipótesis, lo cual es manifiesto en el caso de Vives.

4. Como consecuencia de lo anterior, hay en el pensamiento de estos autores una versión fuerte de la motivación lingüística, que se liga a la tesis naturalista explicada en el *Crátilo* y aplicada a la lengua primitiva, y hay versiones débiles que se asimilan a la existencia de una convención racional, que facilitaría la presencia de elementos “naturales” en las lenguas. Se rechaza, por tanto, la arbitrariedad, si ésta se entiende como *inmotivación*.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

FUENTES PRIMARIAS:

- ARISTÓTELES. 1973. *De la expresión o la interpretación*, en *Obras*. Traducción y estudio de Francisco de P. Samaranch. Madrid: Aguilar.
- CORREAS, G. 1954[1625]. *Arte de la lengua española castellana*. Edición y prólogo de Emilio Alarcos García. Anejo LVI. *Revista de Filología Española*. Madrid.
- HUARTE DE SAN JUAN, J. 1989[1575]. *Examen de ingenios para las ciencias*. Edición de Guillermo Serés. Madrid: Cátedra.
- NEBRIJA, A. 1989[1492]. *Gramática de la lengua castellana*. Estudio y edición de Antonio Quilis. Madrid: Centro de Estudios Ramón Areces.
- PLATÓN. 1992. *Menón, Crátilo, Fedón*. Traducciones de F.J. Olivieri, J.L. Calvo y C. García Gual, respectivamente. Madrid: Gredos.
- POZA, A. 1587. *De la antigua lengua, poblaciones, y comarcas de las Españas en que de paso se tocan algunas cosas de la Cantabria. Compuesto por el Licenciado Andrés de Poça natural de la ciudad de Orduña y auogado en el muy noble y leal Señorío de Vizcaya*. Bilbao: Mathias Mares.
- SÁNCHEZ DE LAS BROZAS, F. 1976[1587]. *Minerva o De la propiedad de la lengua latina*. Introducción y traducción de Fernando Rivera Cárdenas. Madrid: Cátedra.
- SÁNCHEZ DE LAS BROZAS, F. 1995[1587]. *Minerva o De Causis Linguae Latinae. Libri I, III, IV*. Introducción y edición de E. Sánchez Salor. *Liber II*. Edición de C. Chaparro Gómez. Edición bilingüe. Cáceres: Institución Cultural “El Brocense”, Universidad de Extremadura, Servicio de Publicaciones.
- VIVES, J. L. 1782-90[1555]. *Ioannis Ludovici valentini Opera Omnia*. 8 vols. Edición de Gregorio Mayans. Valencia.
- VIVES, J. L. 1947-48. *Obras completas de Juan Luis Vives*. 2 vols. Traducción de Lorenzo Riber. Madrid: Aguilar.

FUENTES CRÍTICAS:

- ARENS, H. 1976. *La Lingüística. Sus textos y su evolución desde la antigüedad hasta nuestros días*. 2 vols. Madrid: Gredos.
- BREVA-CLARAMONTE, M. 1983. *Sanctius' Theory of Language: a Contribution to the History of Renaissance Linguistics (Studies in the History of Linguistics, 27)*. Amsterdam / Philadelphia: John Benjamins.
- BREVA-CLARAMONTE, M. 1994. *La didáctica de las lenguas en el Renacimiento: Juan Luis Vives y Pedro Simón Abril*. Bilbao: Universidad de Deusto.
- COSERIU, E. 1977. *Tradición y novedad en la ciencia del lenguaje: estudios de historia de la lingüística*. Madrid: Gredos.
- COSERIU, E. 1977a[1967]. "L'arbitraire du signe. Sobre la historia tardía de un concepto aristotélico". COSERIU, Eugenio. 13-61.
- COSERIU, E. 1977b[1971]. "Acerca de la teoría del lenguaje de Juan Luis Vives". COSERIU, Eugenio. 62-85.
- COSERIU, E. 1992. *Competencia lingüística. Elementos de la teoría del hablar*. Madrid: Gredos.
- DELGADO, F. 1986. "La *Grammatica Audax* de Caramuel". *Alfinge* 4. 181-192.
- DEMONET, M. L. 1992. *Les voix du signe. Nature et origine du langage à la Renaissance (1480-1580)*. Paris: Champion.
- ECO, U. 1994. *La búsqueda de la lengua perfecta en la cultura europea*. Barcelona: Crítica.
- ESPARZA TORRES, M. Á. 1995. *Las ideas lingüísticas de Antonio de Nebrija*. Münster: Nodus Publikationen.
- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., F. GARCÍA GONDAR y N. VÁZQUEZ VEIGA (eds.). 1999. *Actas del I Congreso Internacional de la Sociedad Española de Historiografía Lingüística (18-21 de febrero de 1997)*. Madrid: Arco/Libros y Centro Ramón Piñeiro.
- FRAILE, G. 1985. *Historia de la Filosofía española*. Madrid: B.A.C. Edición revisada y ultimada por Teófilo Urdanoz, t. I: *Desde la época romana hasta fines del siglo XVII*.
- GARCÍA GONZÁLEZ, C. 1960. *Contribución a la historia de los conceptos gramaticales. La aportación de El Brocense*. Madrid: Anejo LXXI de la *Revista de Filología Española*.
- HURTADO, P. M. 2000. "Las ideas lingüísticas españolas en la episteme renacentista a la luz de la arqueología de Michel Foucault". *Analecta Malacitana* XXIII: 1. 115-130.

- LÁZARO CARRETER, F. 1985[1949]. *Las ideas lingüísticas en España durante el siglo XVIII*. Barcelona: Crítica.
- LYONS, J. 1971[1968]. *Introducción a la lingüística teórica*. Barcelona: Teide.
- MALMBERG, B. 1991. *Histoire de la Linguistique. De Sumer à Saussure*. Paris: Presses Universitaires de France.
- MARTÍNEZ GAVILÁN, M.^a D. 1999. "La *Grammatica Audax* de Juan Caramuel y la tradición de la gramática General y filosófica". *Actas del I Congreso Internacional de la Sociedad Española de Historiografía Lingüística (18-21 de febrero de 1997)*. Editadas por M. Fernández Rodríguez, F. García Gondar y N. Vázquez Veiga. 479-91. Madrid: Arco/Libros y Centro Ramón Piñeiro.
- MONDÉJAR LUPIÁN, J. 1984. "El pensamiento lingüístico del Dr. Juan Huarte de San Juan". *Revista de Filología Española* LXIV: 1/2. 71-128.
- PEREA SILLER, F. J. 1995. "El carácter motivado del hebreo: el debate sobre la cábala en el Renacimiento español". *Glosa* 6. 247-259.
- PEREA SILLER, F. 1998. *Fray Luis de León y la lengua perfecta. Lingüística, cábala y hermenéutica en De los nombres de Cristo*. Córdoba: Camino.
- PEREA SILLER, F. 1999. "Hebraísmo y motivación lingüística en fray Luis de León". *Actas del I Congreso Internacional de la Sociedad Española de Historiografía Lingüística (18-21 de febrero de 1997)*. Editadas por M. Fernández Rodríguez, F. García Gondar y N. Vázquez Veiga. 537-546. Madrid: Arco/Libros y Centro Ramón Piñeiro.
- PEREA SILLER, F. 2004. *Especulaciones lingüísticas sobre el hebreo en la España del siglo XVI y principios del XVII*. Tesis Doctoral. Córdoba: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba.
- PEREA SILLER, F. (en prensa). "Capacidad referencial e historia de la lengua hebrea en Benito Arias Montano". *Helmantica* (Universidad Pontificia de Salamanca).
- PIERINI, P. 1988. "Linguaggio, gramática e retorica nell'opera di Juan Luis Vives". *Lingua e stile* 23: 3. 345-364.
- RITORÉ, J. 1992. *La teoría del nombre en el neoplatonismo tardío: traducción y análisis de los escolios XVI, XVII y LI del Comentario al Crátilo de Proclo*. Cádiz: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz.
- ROBINS, R. H. 1987. *Breve historia de la Lingüística*. Madrid: Paraninfo.
- TORRE, E. 1977. *Ideas lingüísticas y literarias del Doctor Huarte de San Juan*. Sevilla: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Sevilla.